

usos, que es menester concederles para ellas y para nosotros. Las mujeres hacen falta á los oficios, así como los oficios hacen falta á las mujeres. No estando suficientemente representado el elemento que ellas representan, nótase un vacío. Ya hemos intentado definir este elemento; busquemos ahora su aplicacion en los tres grandes modos de ser que abrazan todos los demás, la vida de familia, la vida profesional y la vida social y política.

CAPÍTULO III.

La mujer en la vida de familia.

¡La vida de familia! Según hemos dicho ya en nuestro prólogo, el verdadero objeto de esta obra ha sido celebrar los goces que aquella proporciona, y describir los deberes que impone. (Estamos íntimamente convencidos de que no hay desgracias absolutas con la familia, y que sin ella no hay bienes reales: cualquiera virtud, cualquiera gracia y cualquiera satisfaccion para la mujer, nos parecen tan íntimamente ligadas con los destinos del hogar doméstico, que de las varias reformas reclamadas por nosotros, no hay una sola que no tenga por objeto final hacer á la mujer mas digna de la vida íntima.) Permítasenos, pues, presentar bajo un último punto de vista general la grandeza moral que la familia puede deber á la mujer y la mujer á la familia.

(Durante mucho tiempo, el sagrado título de madre de familia no ha representado mas que ideas de sacrificio y de amor.) Yo tengo para mí que á nuestra época toca demos-

trar que ser madre y esposa, no solo es amar, sino trabajar) (La maternidad es una carrera; una carrera pública y privada á la vez: el matrimonio, una profesion con todas sus esperanzas y sus ocupaciones.) Respecto á la maternidad, ¿quién lo pondrá en duda? La sola palabra educación maternal lo esplica todo. ¿Se negará que apenas le baste toda su juventud á una jóven, y á una mujer toda su vida, á fin de prepararse, aquella para las funciones de educadora, y esta para llenarlas? Cuando se dice á una mujer: Educareis á vuestros hijos y á vuestras hijas, ¿no es permitirle, no es imponerle la adquisicion de todas las ciencias, y conferirla al propio tiempo un cargo? Si se mira el profesorado como una carrera suficiente para la actividad de un hombre, ¿qué diremos de la educación, por medio de la madre, en la que prodiga, no solo todo su talento, sino su misma alma y su vida? Ved sino á una madre dar leccion á un hijo, estudiad su fisonomía, escuchad el acento de su voz, y comparad, si podeis, toda la energía y vitalidad que pone en juego en una hora, con el indiferente trabajo del profesor mercenario. Si el niño se aprovecha asoman las lágrimas á sus ojos: si lo contrario, su corazon se oprime encontrando en esta ocupacion todo lo que es del dominio de las pasiones; la esperanza, el desaliento, las ansiedades. Suspensa sobre el papel del niño, cuando escribe, pendiente de sus labios cuando responde, asiste á su pensamiento, lo comprime, le da nueva vida y lo crea segunda vez. (En cuanto al matrimonio, hagámoslo lo que debe ser, lo que realmente será, y la actividad de la mujer encontrará en él una doble ocupa-

cion: primeramente, en la administracion de sus bienes particulares; despues, en el hermoso carácter de esposa y compañera.) Para esto, no se trata de renovar las leyes; basta apropiarse al matrimonio un hecho que le pertenece y que solo con él puede ser un beneficio; hecho, si no tan antiguo como el mundo, á lo menos como la civilizacion, y que va adquiriendo mas importancia, á medida que la mujer se eleva. Voy á explicar mi pensamiento.

Los hombres ocupan todos los empleos: son jueces, abogados, poetas, soldados, legisladores, sabios; el mundo entero gira sobre ellos solos. Tal es el hecho palpable; pero detrás de esa realidad visible suele existir otra realidad secreta que la determina ó la modifica. ¿Acaso todas las elocuentes palabras, á las cuales debe el orador su gloria, todas las acciones enérgicas que engrandecen á los hombres públicos, provienen de ellos solos; ó mas bien, tras del fulgor que los presenta á la admiracion de la multitud, con toda la brillantez de su poder, no se encuentra á menudo medio encubierto en las sombras á un ser misterioso que, sin que el público le oiga, mezcla ocultamente su encantadora voz y comunica su grande vehemencia á aquella actividad sublime? Para el observador no tiene la menor duda. Pasad mentalmente revista á los hombres eminentes que conocéis, y mas de una vez, al penetrar en los secretos de su vida, descubrireis una mujer que tiene parte en su conducta; ella es la inspiracion, así como ellos son la accion. Este hecho, cierto en todos tiempos, llega á constituir una regla, desde que la educacion de las mujeres se robustece. Hay mas de un ser viril

duplicado, si es lícito hablar así, porque representa los dos sexos; y un hombre no puede ser completamente el mismo, sino con una mujer y por una mujer. Pues bien, solo el matrimonio puede dar á esta accion femenina un carácter puro y estable. Yo no creo en la benéfica influencia de una mujer, á quien no se amaba ayer y á quien no se amará mañana. Ese amor, sin recuerdos, sin esperanza, no puede aconsejar: condecorador de su poca duracion apresúrase á dar pruebas de su existencia por la violencia de su imperio; la mujer que lo inspira es una querida, no una compañera; á la par que una larga vida recorrida y por recorrer aun juntamente, la comunidad del porvenir y del pasado, los hijos sobre todo, los hijos que deben educarse, todo en el matrimonio comunica al poder de la mujer una calma y una gravedad, que lo convierten en una profesion para ella. Lo que hay relativo en esa existencia no hace mas que acomodarla mas felizmente á la naturaleza femenina. Vivir para otro, manifestarse por otro, no participar de una gloria ó virtud siendo el principio de ella, mostrar los beneficios y ocultar al bienhechor, aprender para que otro sepa, pensar para que otro hable, buscar la luz para que otro brille, es el mas hermoso destino de la mujer, porque todo significa sacrificarse. ¿Y qué profesion mas noble que la de la abnegacion? ¿qué empleo de la vida mas apropiado á todas las cualidades de la mujer? Esa semi-oscuridad conviene á su reserva, esa intermitencia de accion á su debilidad física, esos arrebatos momentáneos á su entusiasmo, esa solicitud á su delicadeza, y sobre todo, esa vida de consoladora á su alma. La

carrera de la esposa verdaderamente tal, es la carrera de su marido. Fijémonos en el sabio. Como inventor dotado de ardiente genio, todo lo generaliza; su actividad, distribuyéndose simultáneamente sobre todos los puntos de la ciencia, abre en la misma desconocidas vías. ¡Cuánta gloria! direis. Sí, pero cuánto dolor también muchísimas veces. Las ciegas medianías le contradicen, los previsores le atacan: los tontos que no le comprenden, y los envidiosos que le entienden demasiado, se aunan para hacerle pasar plaza de loco, y de ahí las burlas, la desesperación y la duda de sus propias fuerzas. Está á punto de perecer... mas no tengais cuidado; vivirá, porque cerca de él hay una mujer, su esposa, que le ha comprendido, y le mostrará el porvenir. Ella es la que le hace continuar sus profundos estudios: «Espícame tus pensamientos, tus proyectos, que aunque no soy mas que ignorancia, el mismo Jesus no desdeñaba á los pobres de espíritu, que son ricos de corazón; habla.» El empieza á hacerlo, y sus ideas casi extinguidas, que le tenían desanimado, se reaniman á medida que las expresa; la necesidad de hacer comprender sus importantes descubrimientos á un entendimiento que los desconoce, le obliga á usar un lenguaje mas inteligible que se los esclarece á él mismo, y de esta suerte crea refiriendo, y ella... se engrandece escuchando. El entusiasmo anima al marido, quien vuelve á la lucha, triunfa, y la mas grande alegría de su mujer consiste en no ser contada en esta victoria, cuando quizás sin su ayuda no se hubiera conseguido (1).

(1) Nótese que esto puede aplicarse, no solamente á los hombres de gé-

¿Y qué sería el artista (lo mismo que el sabio) sin una mujer? Si bien parece que los artistas son las criaturas predilectas de Dios, lo cierto es que son las mas desgraciadas que ha producido. El sentimiento de lo bello y el horror á lo feo están rodeados de tales tormentos, que parecen imposibles á los que no los experimentan. Esta impresionabilidad tan delicada que se despierta por un efecto de luz, que se enternece por una palabra, los entrega desarmados al contacto de las rudas realidades de la vida. Respecto á los demás hombres, es como si anduviesen con los piés desnudos sobre guijarros, al lado de sus compañeros provistos de fuerte calzado. Solo una mujer tiene la mano bastante delicada para no herir la imaginación de esos niños enfermos. ¿Qué faltó á Tasso? Una mujer. ¿Qué faltó á Camoens? Una mujer. Si Gilbert hubiese tenido una mujer no hubiera muerto de desesperación, ni Malfilatre habria perecido de hambre. Hay pintores eminentes que hubieran visto extinguirse su genio en la miseria, á haberse hallado solos. Miradles; lo ideal es su sueño; cuanto pertenece á la tierra les escapa y no obstante, fuerza es vivir: sus mujeres se encargan de pensar en todo lo que ellos olvidan. Dejándoles sus sublimes ensueños, el ardiente afán por lo bello y el incesante comercio con el trabajo, ellas toman á su cargo los cuidados materiales, los quehaceres cotidianos y la instrucción de sus hijos. Sentadas á la puerta de su taller, que

nio, que son muy pocos, sino también á todos los que están ocupados en graves estudios: aquí solo hacemos ver el grado mas elevado de la escala, porque los restantes se adivinan fácilmente.

respetan como un santuario, hacen guardar silencio á su alrededor, velan para que el menor ruido no vaya á turbar al genio en sus silenciosas concepciones, resérvanse toda la parte penosa y prosáica de la vida, y sin echarlo de ver han tomado la mas poética de ambas existencias, porque el sacrificio es la poesía en accion.

Si dejamos las artes para pasar á examinar los cargos públicos, veremos la noble parte que en ellos podria tener la esposa. Considerémonos delante de un hombre de estado. Supongámosle tal como yo lo quisiera, ambicioso; pero ambicioso por la conciencia de su propia fuerza, buscando, no el triunfo de su vanidad, que es el fin de las almas pequeñas, sino el triunfo de sus ideas, porque las cree benéficas. Llega al poder, es diputado y ministro. Todos sus designios son puros todavía; mas la atmósfera que le rodea es corrompida, vaga en su rededor el escepticismo, bajo el nombre de experiencia, y el despotismo con la máscara de la necesidad: su propio orgullo, el ejemplo y el manejo de ese poder que raras veces se ejerce con impunidad, todo le arrastra á sustituir insensiblemente el interés de su persona al procomunal. ¿Quién podrá sostenerle en tan difícil senda? Un solo ser podrá hacerlo, una mujer; una sola mujer, la suya. Teniendo ella los ojos fijos en aquel carácter ideal, que desde largo tiempo ha soñado por él, percibe la mas ligera mancha que venga á empañarlo. Apartada de la accion, y siendo por consiguiente juez mas tranquilo, no se deja desviar por los insensibles cambios que trae un dia sucediendo á otro dia. Solo dos cosas la agitan, el punto de

partida y el punto de llegada. Si su marido pretende hacer algo vituperable, inmediatamente da el grito de alarma sin que haya sofismas que puedan engañarla, porque, á Dios gracias, la mujer no argumenta, solo siente. Por mas razones que aquel acumule para probarle la justicia de su determinacion, por mas que la pruebe, ella no le atiende. Su corazon le dice que anda descaminado; y no oye otra voz: sostenida por sus mismos defectos, la irreflexion y el amor á lo grande, le salva de un principio de error que tal vez seria su perdicion.

Elevadas á esta justa altura, las funciones de la esposa y de la madre, nos presentan uno de los mas nobles empleos de la vida; así es que la conciencia pública debe proclamarlas soberanas. Otro título hay todavía, que inviste á la mujer de un verdadero imperio: el título de dueña de casa, ó mejor dicho, de mujer casera. De esta depende la prosperidad interior, la salud de los niños y el bienestar del marido. Ocúpase en lo bello y lo bueno, porque el arreglo de su habitacion es como una obra de arte que ella crea y renueva cada dia. La mujer hacendosa ha menester todas las cualidades femeninas, el órden, la finura, la bondad, la vigilancia y la dulzura. Repara las fortunas que vacilan, sabe trasformar el bienestar en riqueza, y lo estrictamente necesario en bienestar. En una palabra, gobierna y gobierna para salvar: su imperio es mas efectivo que el de los ministros y los reyes. Puede un rey conseguir, por mas hábil que sea, que lo que se llama su reino permanezca al abrigo de las intemperies del cielo, y que la lluvia, el granizo y la

guerra no vayan á destruir sus caminos y sus campos? ¿Tiene el rey alguna autoridad sobre las almas? ¿Puede mandar á sus súbditos que hablen ó callen? Todo le escapa, seres y cosas. De la mujer casera, por el contrario, cabe decir que tiene en su mano á todos los habitantes y cada uno de los objetos que componen su pequeño imperio. Destierra de su casa las palabras groseras, las acciones violentas, y mejora á sus criados, lo mismo que á sus hijos: nadie siente el menor sufrimiento sin que ella acuda á acallararlo; por ella, los muebles están siempre limpios; la ropa siempre blanca; su alma llena su habitacion, la adorna á su gusto, y nada falta al gobierno doméstico, ni aun al encanto ideal. ¡Quién de nosotros pasando de noche por algun villorrio, al ver al través de los cristales una chimenea encendida, un cubierto puesto sobre unos manteles tan bastos como limpios, y la sopa humeante sobre la mesa, no ha pensado poéticamente enternecido en aquel pobre trabajador, próximo á llegar, que despues de una larga jornada consumida en remover la tierra y en tiritar bajo la lluvia, iba á entrar en aquella pequeña vivienda para dar descanso á sus ojos y á su pecho fatigados con tan repugnantes trabajos! Quizás él no se da cuenta de este sentimiento de bienestar, pero es indudable que lo experimenta. El hombre entregado á meditaciones, encuentra igualmente, despues de largos y áridos trabajos, una especie de descanso que él mismo idealiza á la vista de las ocupaciones caseras. La lechería donde se confecciona la manteca, la colada, el caldero en que se hacen las conservas, son otros

tantos objetos que calman y producen tranquilas emociones, como todo lo que es propio de la naturaleza y de la familia; como la vista de una vaca que paca y de un llano en que se siembra. Los antiguos sentian y expresaban admirablemente esta poesía doméstica. Lo que mas nos encanta de la Odisea son los caracteres de Nausicaa y Penélope, en los que se ve á la princesa unida á la mujer casera; y Jenofonte no ha escrito nada tan delicado como el cuadro de los goces de la tierna madre de familia. Por otro lado, este nombre, que significa á la vez esposa, madre y dueña de casa, ejerce una autoridad tan efectiva, que hasta se encuentra rodeada de una aureola de respeto y amor, aun en el fondo de aquellos corazones que al parecer han desconocido mas su santidad.)

En Saint-Lazare, ese nombre tiene una especie de prestigio sobre las pobres criaturas depravadas que encierra la prision (1). Las palabras mas consoladoras y los mas constantes desvelos de las personas que las rodean solo les inspiran una gratitud mezclada de recelo, al paso que si una madre de familia se acerca á ellas y les da consejos y socorros, se poseen de una confusion respetuosa. (La mano de Jesucristo tocando las llagas del leproso, no pareció mas divinamente misericordiosa á aquel infeliz, de lo que lo es para las mujeres perdidas la protectora mano de la madre de familia.) Tan celosas como ella misma de su dignidad, sintiendo como ella la distancia que las separa, ni la piden,

(1) Este hecho está consignado como cierto por Duchatelet, y lo he oido afirmar por personas dignas del mayor crédito:

ni la perdonarian que las tratase como á iguales. Su severo historiador refiere que, habiendo sido introducida en la cárcel una trabajadora, madre de dos hijos, se puso en familiar conversacion con algunas de ellas, y la rechazaron con cólera diciendo: «¡Es madre de familia y nos habla como si fuésemos mujeres honradas! ¡Eso es abominable!»

Ved ahí la triple soberanía de la mujer en el seno de la sociedad conyugal. La familia, con todo, en el estado de civilizacion, no se limita á este grupo formado por los esposos y los hijos jóvenes. Si la muerte del padre ó de la madre lo disuelve, el estado crea al punto para los huérfanos una paternidad facticia y protectora que se ejerce por medio de la tutela y los consejos de familia.

(Las mujeres son excluidas y cabalmente deben ocupar el primer lugar.)

Acostumbra suceder que los hombres nombrados miembros de un consejo de familia solo piensan en el modo de eludir sus deberes. El menor pretexto les sirve de motivo de ausencia, y el juez de paz se ve obligado á reemplazarles con personas indiferentes ó estrañas. Si están presentes, casi nunca llevan á la reunion el espíritu de exámen, ni estudios preparatorios. Conténtanse con escuchar lo que se les dice y con firmar lo que se les presenta: el tutor queda dueño y el pupilo huérfano. ¿Y quién es ese tutor? Las mas veces, un administrador honrado, íntegro; muy pocas un padre. En estas instituciones falta precisamente lo que las hizo crear y lo único que puede hacerlas vivir: la caridad y el amor. Ocupados y absorbidos los hombres

por las atenciones exteriores, no tienen el tiempo ni el ardor de alma necesarios para esas paternidades adoptivas. Los mejores, aquellos á quienes su conciencia les hace desempeñar estas funciones como un deber, revelan las buenas cualidades del hombre de negocios, velan por los bienes del menor, defienden sus intereses, y no echan en olvido tampoco el culto de su inteligencia; pero su alma, su ser moral, no es objeto de ningun cuidado provechoso. Le defienden, mas no le aman. Si llamais á las mujeres lo mismo que á los hombres para el desempeño de estos oficios, todo cambiará. La tutela en manos de hermanas ó amigas pasa á ser una maternidad, sin dejar de ser una administracion: los consejos de familia se vivifican con su influencia. Instruidas en el manejo de los negocios privados, merced á su propia manumision; mas activas y mas ilustradas con el concurso de los hombres, que por la rivalidad serán mas exactos; mezclando su cordial vigilancia, su talento de individualizacion, su conocimiento de los niños, y su preocupacion del perfeccionamiento moral, con la razon masculina mas fria y mas positiva, harán finalmente de la tutela y de los consejos de familia, una familia. Así se elevarán estas magistraturas por medio de las mujeres, y las mujeres por medio de estas magistraturas.